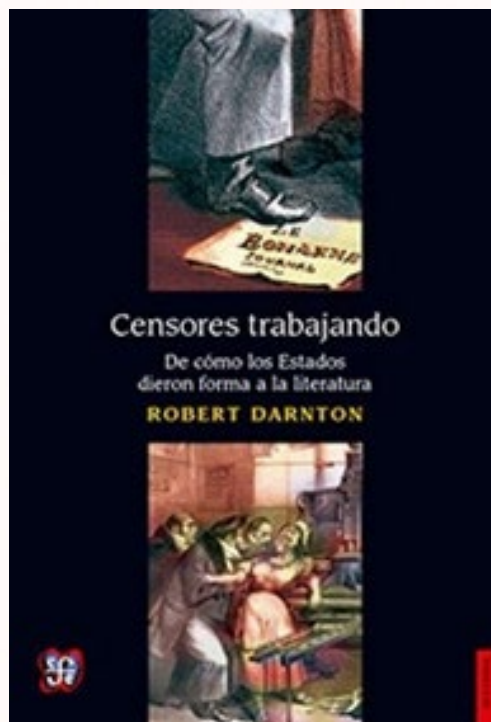


La censura como producción literaria

Max HIDALGO NÁCHER
Universitat de Barcelona



Robert Darnton
*Censores trabajando. De cómo los Estados dieron
forma a la literatura*
México DF, FCE, 2014

I.

La historia del libro y de la lectura es un campo de estudios relativamente reciente. Situada en la encrucijada de toda una serie de disciplinas, que ella relaciona a partir de la postulación de un nuevo problema, ha evolucionado a pasos de gigante. De ella podría decir hace ya unos treinta y cinco años uno de sus máximos promotores que, “más que un campo”, parecía “una selva tropical”. Esta disciplina —que, “si no sonara tan pretencioso”, “podría denominarse historia cultural y social de la comunicación impresa”— tenía en su centro un programa y una convicción: no estudiaba solo —ni principalmente— cómo la historia se plasma en los libros, sino también y sobre todo cómo los libros pueden llegar a ser, bajo ciertas condiciones, un motor de la historia.

Robert Darnton, uno de los máximos especialistas de la historia del libro, es el autor de las anteriores afirmaciones, extraídas de su texto “¿Cuál es la historia de los libros?”¹, de 1982. En él, proponía un modelo general para estudiar la vida de los libros, desde su producción hasta la lectura, intentando dotar de coherencia al conjunto de investigaciones en marcha². Desde entonces, sin abandonar sus estudios de historia cultural sobre la Francia del siglo XVIII, las implicaciones de las formas culturales de la Ilustración durante el Antiguo Régimen y sus relaciones con la Revolución Francesa, no ha dejado de preguntarse por cómo las tecnologías digitales transforman —y están transformando— nuestro ecosistema cultural y comunicativo. Más allá de las versiones triunfalistas y apocalípticas de la opinión, Darnton —quien ya había alertado en “Google y el futuro de los libros”³ sobre los riesgos de ciertas tendencias en la organización de internet— muestra cómo la historia de larga duración puede ayudarnos a entender de modo mucho más matizado la situación actual. No es casualidad, pues, que *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura* arranque con las siguientes palabras:

“¿Dónde queda el norte en el ciberespacio? No tenemos brújula que nos oriente en el éter inexplorado más allá de la galaxia Gutenberg, y la dificultad no es simplemente de índole cartográfica y tecnológica, sino moral y política.

1 Las citas vienen de la página 180 y 177 de su artículo “¿Cuál es la historia de los libros?” (pp. 177–204), en Robert Darnton, *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*, Madrid, Trama, 2010.

2 En el año 2007 Darnton volvió sobre esta cuestión en “What is the history of books? Revisited”, en *Modern Intellectual History*, 4 (2), pp. 495–508. Consultado online en: <http://nrs.harvard.edu/urn-3:HUL.InstRepos:3403038> [1 de junio de 2016].

3 “Google y el futuro de los libros” (pp. 19–35), en *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado*, Madrid, Trama, 2010.

En los albores de internet, el ciberespacio parecía ser libre y abierto. Ahora se pelean por él, lo dividen y lo confinan tras barreras protectoras. Los espíritus libres podrían llegar a imaginar que la comunicación electrónica se puede dar sin chocar contra obstáculo alguno, pero esto es ingenuo [...]. Por otro lado, la vigilancia sin restricciones llevada a cabo por la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense y la Gran Muralla Electrónica de China son ejemplos de una tendencia a que el Estado haga valer sus intereses a expensas de la gente común” (9).

Recordando que internet es —como antes lo fue “la galaxia Gutenberg”— un campo de luchas, Darnton propone revisar “la historia de los intentos del Estado para controlar la comunicación” para contribuir a “dar una visión más amplia de la situación actual” (9). El historiador estadounidense reconoce dos tipos de poder:

El del Estado, siempre en expansión, y el de la comunicación, que crece constantemente con los cambios en la tecnología. Los sistemas de censura estudiados en este libro dan muestra de que la intervención estatal en el ámbito literario fue mucho más allá de la simple corrección de textos y se extendió a la conformación de la misma literatura como una fuerza que influía a lo largo del orden social. Si los Estados ejercían ya tal poder en la era de la imprenta, ¿qué les impedirá abusar de él en la era de internet? (16–17)

No solo el régimen de censura en China, sino también otros casos, como las revelaciones de Edward Snowden, muestran que, lejos de ser el reino de la libertad y la igualdad, internet es y será —como ya lo fue la imprenta— un nuevo ámbito de luchas políticas. Quizás más allá de las reivindicaciones entusiastas y de las condenas morales del nuevo orden tecnológico, del circuito de la comunicación y de los nuevos dispositivos de subjetivación aparejados puede venir bien, en este punto, recordar las palabras de Michel Foucault a propósito de la historia:

El gran juego de la historia es quién se amparará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndose en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas.⁴

4 Michel Foucault, *Microfísica del poder*, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta, 1992, p. 18.

II.

“...repensar la historia de la censura en general...”

Robert Darnton, *Censores trabajando*, 11

Foucault es un autor que, desde los años setenta, ha contribuido a producir una nueva teoría del poder que, lejos de fundarse en la negatividad, lo presenta como algo positivo. La censura, sin embargo, ha sido pensada tradicionalmente a partir de una teoría represiva del poder de corte eminentemente liberal. Herederos de esta teoría del poder, muchos estudios en torno a la censura están atravesados por una metáfora polar (arriba/abajo, centro/periferia, negativo/positivo, represión/libertad) y constituidos como una narración épica al presentar el combate por la libertad de expresión “como una batalla de la luz contra la oscuridad”. En las oposiciones derivadas (“razón contra oscurantismo, libertad contra opresión, tolerancia contra fanatismo” [21]), el segundo término aparece siempre como el negativo del primero y, en ese sentido, raramente alcanza una caracterización propia. Darnton —que no esconde en ningún momento sus simpatías por los postulados del liberalismo político— propone, sin embargo, ir más allá de las caracterizaciones sumarias de la censura para estudiarla, a través de “un enfoque etnográfico” (229) y de su especificidad cultural, como un fenómeno *positivo* (como escribe refiriéndose al contexto francés del siglo XVIII, “la censura no era simplemente cuestión de purgar herejías. Era algo *positivo*: el respaldo real del libro y una invitación oficial a leerlo” [24]). Darnton se propone “entender el tono subyacente de un sistema cultural y la manera en que sus actitudes y sus valores implícitos influyeron sobre sus actos” (11) en tres períodos de tiempo: la monarquía francesa del siglo XVIII, el Raj británico en India en el siglo XIX y la dictadura comunista en la RDA en el siglo XX.

El historiador estadounidense propone así “una visión etnográfica de la censura” que la contemple “holísticamente, como un sistema de control que impregna las instituciones, influye las relaciones humanas e influye incluso en el funcionamiento oculto del alma” (242). En los tres casos estudiados, los censores no concebían su trabajo como un arma contra la literatura, sino que, al contrario, “creían que hacían posible la literatura” (233). Un estudio de la censura a través de su práctica y de su inserción cultural podría, de ese modo, “evitarnos *reificar* la censura y reducirla a cualquier mera fórmula” (242).

III.

El primer apartado se centra sobre un período ya muy trabajado por Darnton. Sus lectores no encontrarán, en ese sentido, muchas sorpresas. En él se exponen los procedimientos a través de los que el Estado francés intentaba controlar la circulación de lo escrito, así como los problemas —de diverso tipo— con los que se encontraba, entre los que se cuentan la conveniencia de capitalizar el beneficio económico del comercio del libro (que aconsejaba, por lo tanto, flexibilizar los criterios de censura) y el control del comercio ilegal, cuyo volumen se desconoce pero que bien podría ser mayor que el del circuito legal. Darnton, a través del estudio de casos narrados con pasión, desgana la extracción social de los censores; los criterios reales de la censura (muchas veces menos ideológicos que ligados al respeto de lo que Habermas podría llamar la *publicidad representativa*: “los censores temblaban ante la idea de no detectar cualquier referencia velada a alguien importante” [55]); la colaboración entre censores y censurados; y, finalmente, el rol ambiguo de Malesherbes, director de la Librarie, en la empresa de la Ilustración.

El segundo apartado estudia el sistema censor impuesto por el gobierno británico en la India y, en relación a eso, la articulación de liberalismo e imperialismo. Darnton muestra cómo los ingleses “no podían permitir que los indios usaran las palabras de manera tan libre como los ingleses hacían en casa” (142) y, a través de ello, señala las contradicciones del “imperialismo liberal” (143). A través del caso de James Long, un misionero angloirlandés que se convirtió en un “etnógrafo aficionado” que “se entusiasmó tanto por su tema que produjo una vista panorámica de la literatura bengalí en general, acompañada de estadísticas y lecturas empáticas de los mismos libros” (91). Long acabó siendo juzgado por difamación en 1861 a raíz de publicar en inglés una traducción de *Nil Durpan*, un melodrama muy crítico con los plantadores de añil. El libro —que no despertó ninguna protesta en su edición bengalí— no transmitía un mensaje revolucionario, sino que “era una muestra de fe en la justicia final del gobierno británico” (99). Sin embargo, Long fue juzgado y declarado culpable (por lo que se le impuso el pago de una multa de 1.000 rupias y un mes de prisión). Este caso, que Darnton presenta como “el incidente de censura más dramático (una censura, por cierto, cuya existencia era ampliamente denegada) en el Raj británico durante el siglo XIX” (101).

De hecho, la rebelión de 1857 marca un antes y un después en el sistema represivo del gobierno británico. Como afirma Darnton, en ese año “la fase tosca del imperialismo había llegado a su fin” y, a partir de ese momento, “los británicos buscaron aumentar su poder ampliando su conocimiento” (101). El Indian Civil Service (ICS)

“producía informes sobre todo lo habido y por haber en el territorio subcontinental. ‘Colecciones’ e ‘informes’ fluían de las imprentas gubernamentales, inundando los canales de comunicación oficiales con datos sobre las cosechas, los límites geográficos de aldeas, la flora, la fauna y las costumbres autóctonas. Todo se inspeccionaba, se ponía en mapas, se clasificaba y se contaba, incluyendo los seres humanos que aparecieron en el primer censo indio pulcramente divididos en castas, subcastas y una docena de otras categorías determinadas por columnas en un formato impreso. Los catálogos de libros eran parte de este esfuerzo por catalogar todo” (103).

La Ley de Prensa y de Registro de Libros de 1867 obligaba a registrar cualquier libro que se publicara, exponiéndose a multas y penas de prisión en caso contrario. A partir de estos registros se realizaron catálogos comentados –que circularon de modo confidencial– y que representan “el discurso de las autoridades coloniales sobre la literatura autóctona durante el punto álgido del imperialismo” (104).

El estudio de Darnton muestra que ese sistema de información cumplió una función destacada después de la primera partición de Bengala, en 1905. “Después de 1905 la pregunta era: ¿cómo usar esta información para reprimir el brote de nacionalismo? En este momento la vigilancia se convirtió en castigo y tomó dos formas: la represión policiaca y los procesos legales” (125). Es sintomático que, en este nuevo contexto, “la literatura que ahora se consideraba sediciosa era la misma que la literatura que había aparecido durante años en los catálogos” (125) y que, aunque “el paisaje literario seguía siendo el mismo que antes de 1905 [...], ahora se veía totalmente distinto” (128).

La tercera parte del estudio, por último, está dedicada a la censura en la República Democrática de Alemania, un régimen en el que –como se pretendía en la India británica– “supuestamente no existía”, dado que “estaba prohibida por la Constitución, que garantizaba la libertad de expresión” (148). Sin embargo, la censura fue entonces una realidad omnipresente en un Estado policial que

funcionaba a través de “una colaboración ilimitada: amigos que informaban sobre amigos, esposos y esposas que se traicionaban el uno al otro, e incluso disidentes que informaban sobre actividades literarias” (190). Como señala Darnton, “los autores y los editores sabían que estaban siendo observados y grabados, pero no tenían idea del grado al que llegaba la vigilancia, hasta que los archivos de la Stasi quedaron disponibles después de la caída del muro” (190)⁵. Seguir los expedientes de censura es ver “cómo le daban forma los editores a la ficción alemana quitando fragmentos, realineando narrativas, cambiando la naturaleza de los personajes y corrigiendo las alusiones a cuestiones históricas y sociales. Ya fuera sustancial o ligera, la edición involucraba tanto consideraciones estéticas como ideológicas, y era aceptada por autores y editores como un aspecto esencial del juego” en el que se producía “un proceso de negociación factible y constante” (186).

Para su estudio, Darnton contrapone el testimonio de dos funcionarios de la “Jefatura Administrativa para la Publicación y el Comercio del Libro” a los que entrevista, que presentaban su propio trabajo como “una lucha contra grandes obstáculos por mantener el alto nivel de la cultura mientras se construía el socialismo” (161), con los archivos. Su estudio muestra cómo junto al funcionamiento de los organismos oficiales tenía un peso relativo la “red informal de vínculos personales que operaba a la par de las rígidas estructuras del aparato partidista” (167). Los autores, que podían ser encarcelados o condenados a trabajos forzados durante los años cincuenta y sesenta, desde los años setenta serán sometidos a un sistema de “incentivos y castigos” (168) en el que jugaban un papel importante las autorizaciones para viajar al extranjero.

El Estado promovía una estética oficial y condenaba la literatura “tardío-burguesa” (174), término utilizado en la RDA para referirse al *modernism*. En cuanto al proceso de publicación, la palabra clave era “negociación”: “El toma y daca, las exigencias y las concesiones, la escritura y la reescritura comenzaban tan pronto como se esbozaba la idea para un libro. En los raros casos en que

5 Merece la pena transcribir un par de casos aportados por Darnton: “Lutz Rathenow descubrió que sus archivos de la Stasi contenían 15.000 páginas. Erich Loest llenaba 31 expedientes, cada uno de cerca de 300 páginas, y eso tan solo para el periodo de 1975 a 1981. Primero se dio cuenta de que alguien había intervenido su teléfono en 1976. Después de leer sus archivos en 1990, se dio cuenta de que la Stasi había registrado todas sus conversaciones telefónicas, tenía identificado cada rincón de su departamento y había construido expedientes tan elaborados sobre todos sus amigos y parientes que los archivos podrían leerse como una biografía de varios volúmenes mucho más extensa que nada que él pudiera haber reconstruido a partir de su propia memoria y sus papeles” (190). Si eso era posible en la década de los setenta, ¿qué no será posible ahora?

un autor entregaba un manuscrito supuestamente terminado, los editores se quedaban asombrados y un poco ofendidos” (183). Con todo ello, los editores no solo cuidaban de la vigilancia ideológica, sino también de la factura estética de las obras. Ahora bien, en tanto que se trataba de una cultura dirigista, en los expedientes no aparece ninguna referencia a la demanda literaria (184).

Una vez que los manuscritos eran aprobados por los editores, pasaban a ser examinados por lectores externos y, finalmente por los censores de la *Hauptverwaltung Aufklärung* (HVA, Administración Principal de Reconocimiento) (186), cuyas recomendaciones no siempre eran escuchadas por los editores. Ahora bien, si eso podía ser así es porque “el partido tenía el monopolio del poder” y “sus miembros ocupaban todos los puestos clave en las casas editoriales, así como la administración” (189).

Los análisis de Darnton, siempre sugerentes y precisos, plantean que tanto la literatura como la censura tienen que estudiarse en función de un principio de “especificidad cultural [...] inherente a los sistemas culturales con configuraciones propias” y al principio en torno al cual cuajan: “el privilegio en el caso de la Francia borbónica; la vigilancia en la India británica y la planificación en la RDA” (234).

Los estudios históricos emprendidos por Darnton suscitan, en fin, una pregunta por el presente. Una pregunta urgente con la que el autor se permite acabar el libro: “Mientras intentamos comprender, también es necesario adoptar una postura, especialmente ahora, cuando el Estado puede estar viendo cada movimiento que hacemos” (243). El Estado y, podríamos añadir, las corporaciones.